

# San Jerónimo: traductor y traductólogo<sup>1</sup>

Pilar Martino Alba  
U. Rey Juan Carlos

## 1.- Introducción

El título con el que el *II Coloquio Lucentino de Traducción* nos ha convocado, a saber: “Traducción: entre el pretérito imperfecto y el futuro perfecto. ¿De dónde venimos y a dónde vamos?”, nos indujo a revisar la obra escrita de san Jerónimo, patrón de los traductores, eruditos y librereros, y tratar de poner en relación sus escritos analíticos sobre el texto original, así como aquellos en que teoriza sobre el proceso traductivo y justifica el producto final, con las teorías contemporáneas sobre la traducción. El objetivo de este estudio comparativo es intentar responder a la pregunta de si a san Jerónimo se le podría calificar no sólo de traductor, sino también de traductólogo, dado que, según los teóricos de la Traductología, ésta es un “saber sobre”, frente a la traducción que es un “saber hacer” (Hurtado 2001:19).

En un mundo en el que parece que las raíces y el camino recorrido hasta llegar a dónde hemos llegado carecen de importancia, consideramos conveniente volver a poner sobre el tapete la labor de los pioneros en el mundo de la traducción. Aunque, obviamente, ya se practicaba la traducción siglos antes de san Jerónimo, en determinados aspectos su trabajo fue novedoso, si bien no se reconociese así, ni tampoco hoy día, ya que cuando uno se adentra en la actual ingente bibliografía sobre traducción, con relativa frecuencia se lee que tal o cual traductólogo “afirma por primera vez que...”. Sin embargo, cuando vamos al texto concreto de ese determinado traductólogo y, al mismo tiempo, acudimos a fuentes más antiguas, tan antiguas como el siglo IV d.C., por ejemplo, comprobamos que las novedades de los traductólogos de hoy día no parecen ser tan nuevas como algunos aseveran.

Con el fin de intentar dar respuesta a la cuestión planteada, se hace necesario un análisis tanto de las fuentes antiguas como de las modernas, así como un estudio comparativo entre ambas. Antes de llegar a ello, ofrecemos algunos breves datos biográficos sobre el patrón de los traductores, especialmente para aquellos que empiezan ahora a familiarizarse con el mundo de la traducción y no han asimilado aún toda la información disponible sobre quién era Jerónimo de Estridón. A continuación recopilamos su obra escrita con el fin de analizar sus textos y poder extraer de ellos las referencias en torno a la comprensión del texto original, al análisis de posibles dificultades terminológicas, formales o estilísticas, a la fase de reescritura; a los aspectos relacionados con la crítica de traducción; en definitiva, los pensamientos del patrón de los traductores en torno al proceso y producto de la traducción, y compararlos después con los de los traductólogos contemporáneos.

## 2.- Los teóricos de la traducción

### 2.1. San Jerónimo: contexto vital y laboral.

Jerónimo, hijo de Eusebio, nace en Estridón hacia el año 347, ciudad que se encontraba entre Dalmacia y Panonia, y que, según él mismo dice, fue destruida por los

---

<sup>1</sup> Este artículo se publicó en Vega Cernuda, M.A., *La traducción: balance del pasado y retos del futuro*, Alicante: Ed. Aguacilara, 2008, pp. 453-466.

godos. A los doce años sus padres le envían a estudiar a Roma, como entonces era costumbre entre aquellos cuyo futuro estaba encaminado a ser funcionario del Estado. En Roma estudió con el gramático Donato, entre otros, hasta que cumplió veinte años. A esa edad se marcha con un compañero de estudios, Bonoso, a los confines del Imperio romano, a las riberas del Rin, concretamente a la ciudad de Treveris (Trier), con el fin de copiar las obras de Hilario de Poitiers que se encontraban en aquella ciudad septentrional. Jerónimo era hijo de familia pudiente y tuvo, por lo tanto, una formación amplia y acorde con su status social. Desde muy pronto demostró tener un gran interés por la lectura de los clásicos y por la retórica. Tras los años de estancia en Roma y de visitar con sus compañeros de estudios las catacumbas de los alrededores de la ciudad, decide convertirse al cristianismo y se hace bautizar. Quiere dedicarse a la vida ascética y al estudio de las Sagradas Escrituras, sin embargo la formación recibida hace de él un hombre de mundo, en contacto, a través de sus Epístolas, con media humanidad. Era consciente de que sus escritos no quedaban solamente en poder del destinatario de cada carta, sino que éstas se copiaban y extendían, por lo que en ellas procura mantener un estilo elegante, ejercitar sus conocimientos de retórica.

A su regreso a Roma desde Treveris, decide marcharse a Aquileya, muy cerca de Venecia, donde pasará aproximadamente siete años, hasta el 374. A los veintisiete años se marcha a Oriente. En Antioquía empezó a estudiar griego. De Antioquía se marcha a Siria, al desierto de Calcis. En el desierto pasa tres años, durante los cuales aprende hebreo. Regresa a Antioquia, y de allí marcha a Constantinopla. En el 381 viaja a Roma como traductor e intérprete de Paulino de Antioquía (Siria) y de Epifanio de Salamina (Chipre) para asistir a un concilio promovido por Ambrosio de Milán. Tras dicho concilio, se queda en Roma y trabaja como secretario del Papa Dámaso ocupándose de la correspondencia entre Oriente y Occidente dado su conocimiento de lenguas extranjeras. Es entonces cuando comienza su labor de estudiar en profundidad las Escrituras y practicar la exégesis. El Papa le insta a que revise todas las traducciones de la Biblia existentes hasta el momento y que él mismo emprenda una nueva traducción. Tras la muerte del Papa Dámaso, se marcha definitivamente a Oriente, estableciéndose en Belén a partir del año 388 y hasta su muerte en el 420 d.C. La mayor producción de su obra tendrá lugar a partir del voluntario aislamiento en Belén como monje, de la consciente búsqueda de soledad para continuar con la mayor obra de su vida: la traducción del hebreo al latín del Antiguo Testamento y del griego al latín.

Su formación humanística llevó a declararle patrón de los eruditos durante el Renacimiento.

## 2.2 Las obras de san Jerónimo

En el año 392 escribe el libro *De los claros varones eclesiásticos (De uiris inlustribus)*, un repertorio bibliográfico de autores griegos y latinos que, desde los tiempos apostólicos hasta casi el final del reinado de Teodosio (emperador del 379 al 395), escribieron sobre temas cristianas. En esa obra recopilatoria se incluye él mismo y dice lo siguiente: “Jerónimo, hijo de Eusebio, nacido en Estridón, población destruida por los godos, antaño limítrofe de Dalmacia y Panonia, hasta el presente año [392], esto es, el decimocuarto del principado de Teodosio, he escrito estas obras: *Vida del monje Pablo*, un libro de *Cartas a diversas personas*, *Exhortatoria a Heliodoro*, *Disputa del luciferario y el ortodoxo*, *Cronicón de la historia universal*, veintiocho *Homilías de Orígenes sobre Jeremías y Ezequiel*, que he traducido del griego al latín; *Sobre los serafines*, *Sobre el hosanna*, *Sobre el hijo obediente y el lujurioso*; *Sobre tres cuestiones de la Ley antigua*, dos *Homilías sobre el Cantar de los Cantares*, *De la virginidad perpetua de Maria contra Helvidio*, *Sobre guardar la virginidad* a Eustoquia, un libro

de *Cartas a Marcela*, *Consolatorio por la muerte de una hija a Paula*, tres libros de *Comentarios a la carta de Pablo a los Gálatas*, asimismo tres libros de *Comentarios a la carta a los Efesios*, un libro de *Comentarios a la carta a Tito*, un libro de *Comentarios a la Carta a Filemón*; *Comentarios al Eclesiastés*, un libro de *Cuestiones hebraicas en el Génesis*, un libro *De los lugares hebraicos*, un libro *De los nombres hebraicos*; *Sobre el Espíritu Santo de Dídimo*, libro este que yo traduje al latín; treinta y nueve *Homilías sobre Lucas*, siete *Tratados sobre los salmos décimo al decimosexto*; *El monje cautivo*, *Vida de San Hilarión*. He devuelto el *Nuevo Testamento* a la fidelidad griega y he traducido el *Antiguo Testamento* conforme a la verdad hebraica. Pero de las *Cartas a Paula* y *Eustoquia*, porque se escriben a diario, es incierto el número. He escrito además dos libros de *Explicaciones de Miqueas*, un libro *Sobre Nahún*, dos libros *Sobre Habacuc*, un libro *Sobre Sofonías*, un libro *Sobre Ageo* y muchos otros escritos sobre obras de los profetas, que ahora tengo entre manos y todavía están sin terminar.” Y en el apéndice dice: “Ha pasado alrededor de un trienio desde que comenté a cinco profetas: Miqueas, Nahún, Habacuc, Sofonías y Ageo, y entretenido por otras obras, no he podido acabar la que tenía comenzada, pues he escrito el *Libro de los varones ilustres* y dos volúmenes *Contra Joviniano*; también una *Apología* [la carta 49 a Panmaquio]; otro *Sobre la mejor manera de traducir*, dedicado a Panmaquio [la carta 57] y dos libros *A Nepociano* o *Sobre Nepociano*, y otras obras que resultaría farragoso enumerar.”

Algunas de estas obras, cual es el caso de *De los lugares hebraicos* y *De los nombres hebraicos*, son en realidad material auxiliar, resultado de las indagaciones previas a la traducción del texto bíblico.

### 2.3. Traductólogos contemporáneos.

A partir de la segunda mitad del siglo XX, periodo altamente productivo en torno a la teoría de la traducción, se van sucediendo las corrientes investigadoras, tendencias, escuelas en relación con la actividad traductora. Con el fin de intentar realizar un análisis comparativo entre estas reflexiones contemporáneas y las que hacía san Jerónimo en el ejercicio de su profesión, hemos hecho un recorrido, en primer lugar, por las ideas de Schleiermacher en su obra *Sobre los diferentes métodos de traducir*, dada la repercusión que este texto tuvo; inmediatamente después y dando un salto en el tiempo, nos hemos centrado en los teóricos del siglo XX incluidos en Vega (1994); a continuación, en los que abogan por la traducción como ciencia en los años 60 y 70, en muchas ocasiones con ideas contrapuestas [Chomsky y Nida]. Después, el paseo lector ha seguido su curso por los textos que propugnaban la traducción como una rama de la lingüística aplicada, también en ocasiones con ideas muy diferentes [Catford, Vinay y Darbelnet, Vázquez Ayora, García Yebra, Newmark]. En cuarto lugar, hemos consultado las ideas de aquellos cuyas reflexiones se basan en el aspecto descriptivo; y, por último, las teorías de aquellos que se incluyen en el grupo de pensadores de la traducción como acto de comunicación, en sus diversas tendencias, es decir los que abogan por dar mayor importancia al análisis del discurso (Hatim y Mason), aquellos para quienes lo que predomina es el análisis textual, los que hablan de la traducción en relación con la lingüística textual, y aquellos que propugnan la teoría del funcionalismo (Vermeer, Reiss, Nord); pero también hemos incluido algunos de los comentarios de L. Venuti precisamente durante el II Coloquio lucentino de traducción.

Dada la limitación de espacio, es obvio que no podemos incluir aquí todo aquello que hemos ido recogiendo durante nuestra investigación, por lo que esperamos, en un futuro próximo, tener la oportunidad de publicar el trabajo completo.

### 3.- Corpus de textos

3.1. Reflexiones de san Jerónimo en torno a la traducción como proceso y como producto. Estos pensamientos los incluye en sus escritos cuando está tratando de explicar el porqué de una determinada decisión, pero están sobre todo presentes en sus prólogos y prefacios.

En la obra de san Jerónimo es claramente perceptible que era un hombre sistemático en su trabajo, que elegía una u otra forma de traducir en función del tipo de texto. Sus reflexiones teóricas sobre la traducción se basan en la práctica real de la profesión. Le preocupaba no solamente la correcta interpretación del texto bíblico y no apartarse de la “verdad hebraica”, sino también muchos otros aspectos de la traducción. Es consciente del valor de la profesión como puente lingüístico-cultural; está convencido de la necesidad de una buena formación humanística para ser traductor; él se considera no sólo traductor, sino también escritor, de manera que en ocasiones reivindica al traductor como autor; es plenamente consciente de la necesidad de conocer no sólo la lengua de partida, sino muy fundamentalmente la cultura en la que se inserta esa lengua, sin cuyo dominio no se llegará a transmitir correctamente el sentido del texto; practica la lectura continua de todos aquellos libros que cree que le pueden ayudar a comprender un determinado texto, practica la búsqueda sistemática de documentación, de traducciones anteriores; analiza desde el punto de vista lingüístico los textos; en ocasiones trabaja tanto sobre un texto antes de emprender la traducción que esto le lleva incluso a escribir un tratado sobre ese tema concreto, o bien un glosario, consciente, además, de que su trabajo podrá ayudar a otros a recorrer el camino de la traducción.

En ocasiones menciona los diferentes problemas ante los que se encuentra el traductor: gramaticales, léxicos, de sentido, culturales, cognitivos, textuales, lingüísticos y extralingüísticos, y trataba de hacer frente a ello mediante el estudio, la formación clásica y la constante lectura, con una profunda preparación para ser competente en su trabajo. Asimismo, abordó con vehemencia la crítica de traducción. Si recogiésemos todas sus diatribas en este sentido y las razones que fundamenta para rebatir críticas, veríamos que podríamos recopilar también un pequeño tratado sobre “evaluación de traducciones”.

3.1.1. *Sobre el papel del traductor como transmisor de conocimientos* (S. Jerónimo, *Prólogo Galeato*): “[...]Y cuando hayas entendido lo que antes desconocías, considérame traductor si eres agradecido, o parafraseador, si desagradecido; aunque en absoluto soy consciente de que yo haya cambiado nada de la verdad hebraica [...]

3.1.2. *Sobre la comprensión del texto original* (Prólogo al *Pentateuco de Moisés*): “[...] Y no sé quién fue el primer autor que, con su mentira construyó en Alejandría las setenta celdas en las que, separados, los traductores escribieron las mismas palabras, cuando Aristeas, escudero del mismo Ptolomeo, y mucho tiempo después Josefo nada tal contaron, sino que escriben que estuvieron reunidos en un palacio real, no que hubieran profetizado, pues una cosa es ser adivino y otra ser traductor: ahí predice el espíritu lo venidero, aquí la erudición y el acervo de palabras traslada lo que entiende.”

3.1.3. *Cada lengua tiene su genio* (Prólogo a los tres *libros de Salomón*): “[...] Mas también aquellos pasajes que traductores incompetentes han vertido mal al trasladarlos del griego a nuestra lengua, los he corregido con el meticuloso deseo de dar con la

verdad, borrándolos y restableciéndolos en su forma antigua, y donde la claridad había quedado eliminada por el orden de las frases trastornado y confuso, restituyendo las palabras a su propio lugar, he conseguido que se entienda lo que estaba oculto [...]"

3.1.4. *En defensa de la labor del traductor* (Prólogo a los *libros de Josué y de los Jueces*): “[...] para que no se pierda nuestro trabajo y ni tampoco su aplicación [...] yo no acuño cosas nuevas para reprensión crítica de los antiguos, como amigos míos me recriminan, sino que, en lo que de mí ha dependido, ofrezco nuestra versión a los hombres de mi lengua [...]. Y si en algunos pasajes dudan en la lectura de los libros antiguos, comparando estos con aquellos, pueden encontrar lo que buscan, sobre todo cuando entre los latinos tantos son los originales cuantos los códices y cada cual a su arbitrio ha añadido o ha quitado lo que le parecía; pero, en todo caso, no puede ser verdadero lo que difiere [...]"

3.1.5. *Sobre los rasgos estilísticos* (Prólogo a los *Libros de Salomón*): “[...] Si hay alguien a quien, con razón, le agrada más la edición de los *Setenta Intérpretes*, la tiene enmendada antaño por nosotros, pues no construimos cosas nuevas de manera que destruyamos las antiguas. Y, sin embargo, cuando los haya leído con mucha atención, advertirá que se entienden mejor los nuestros, que no se acumulan y corrompen trasegados a una tercera vasija, sino que desde la prensa misma vertidos en una limpiísima tinaja han conservado su genuino sabor [...]"

3.1.6. (Prefacio a la *Crónica* de Eusebio de Cesarea): “[...] Desde luego, es difícil para quien recorre las líneas de un escrito ajeno no se extravíe en algún lugar, ya que es cosa dificultosa que lo que en otra lengua está bien dicho, conserve el mismo decoro en la traducción [...] Si traduzco palabra por palabra, suena absurdamente; si, por necesidad, algo que está en un orden, lo cambio en la frase, parecerá que me he apartado del deber del traductor.”

3.1.7. *Sobre el dominio de lenguas* (Prefacio a la *Crónica* de Eusebio de Cesarea): “[...] Después se llega al punto de que las Sagradas Escrituras parezcan menos elegantes y sonoras porque, traducidas por hombres elocuentes, pero ignorantes de la lengua hebrea, al mirar la superficie sin llegar a la médula, los lectores se horrorizan del feo vestido de la elocución antes casi de encontrar dentro el bello cuerpo de las cosas [...]"

3.1.8. *Sobre la documentación* (Prólogo al *Libro de los Paralipómenos*): “[...] Así como las historias de los griegos las entienden los que han viajado a Atenas [...] así también comprenderá más claramente la Santa Escritura quien ha contemplado con sus ojos la Judea y ha conocido los monumentos de sus antiguas ciudades y los nombres, ora los mismos, ora cambiados, de sus lugares. Por eso nosotros también hemos tenido el cuidado de emprender esta tarea en compañía de los más eruditos hebreos [...] en los libros divinos yo nunca he confiado en mis propias fuerzas ni he tenido como maestra mi propia opinión, sino que he solido preguntar incluso sobre aquellas cosas que yo creía saber[...]"

3.1.9. *Sobre las técnicas de supresión, omisión, ampliación, etc.* (Prefacio a la *Crónica* de Eusebio de Cesarea) “[...] El caso es que conviene saber que, en parte, he recurrido a mi oficio de traductor y escritor, porque no sólo me he atendido con mucha fidelidad a los datos griegos, sino que también he añadido algunos que me parecía que se habían omitido, sobre todo en la historia romana, que Eusebio, el verdadero autor de este libro,

me parece no tanto que la ignorase, siendo como era un erudito, sino que, al escribir en griego, la había abreviado como poco necesaria para los suyos [...]"

3.1.10. *Sobre la revisión de textos (Libro de interpretación de los nombres hebreos)*: "[...] Se ha comprobado también, mediante el testimonio de Orígenes que Filón, varón hebreo muy erudito, publicó un libro sobre los nombres hebreos y agrupó sus etimologías por orden alfabético. Como todos los griegos lo tenían y había llenado las bibliotecas del mundo, me dediqué a traducirlo al latín. Sin embargo, encontré ejemplos tan discordantes entre sí y un orden tan confuso que [...] movido por la utilidad del propio asunto, examiné uno por uno los volúmenes de las Escrituras por orden e instaurando el viejo edificio con una nueva atención [...]"

3.1.11. *Sobre el arte de bien traducir (Carta 57, 1-2 a Panmaquio, a propósito de la traducción de la carta de Epifanio a Juan de Jerusalén)*: "[...] Llamamos a un taquígrafo y dicté a toda prisa, anotando brevemente al margen de cada página el sentido de los párrafos que ocupaban el centro; porque también me había pedido insistentemente que hiciera esto para su uso particular [...] de manera que andan pregonando entre los ignorantes que soy un falsario, que no traduje palabra por palabra, que puse "queridísimo" en lugar de "honorable" [...] Estas y otras tonterías por el estilo son mis delitos."

3.1.12. *Sobre la adaptación a la LT (Carta 57, 5 a Panmaquio)*: "[...] Hasta aquí he hablado como si hubiera yo cambiado algo en la carta y como si la simple traducción tuviera algún error, pero no un crimen. Pero como la misma carta demuestra que no se ha cambiado nada del sentido, ni se han añadido cosas, ni se ha inventado doctrina alguna, son ellos los que demuestran "no entender nada, a fuerza de entender" (Terencio, *Andria*, prol., 17) [...] Yo no sólo confieso, sino que proclamo en voz alta que en la traducción de los griegos, a excepción de las Escrituras Santas, en las que la estructura misma de las palabras encierra su misterio, lo que yo traslado no es la palabra a partir de la palabra, sino la idea a partir de la idea. Y en esto tengo a Tulio por maestro, que tradujo [...] dos bellísimos discursos intercambiados entre Esquines y Demóstenes [...] Me basta la autoridad misma del traductor, que en el prólogo a esos discursos dice: "Pensé que había que emprender un trabajo útil para los estudiosos, aunque no fuera necesario para mí mismo. No los he trasladado como traductor, sino como orador que soy; con las mismas ideas, con sus formas y figuras, pero con palabras acomodadas a nuestro uso [...]"

3.1.13. *Sobre los autores clásicos (Carta 70,2-3-5-6 a Magno, orador de la ciudad de Roma)*: "[...] Respecto de lo que me preguntas al final de la carta, por qué en mis obras pongo a veces ejemplos de la literatura profana [...] ¿quién no sabe que en los rollos de Moisés y de los profetas hay cosas tomadas de los libros gentiles, y que Salomón planteó algunas cuestiones a los filósofos de Tiro y les respondió a otras? De ahí que, en el exordio de los Proverbios, nos amonesta él mismo a que entendamos los discursos de la prudencia y artificios de las palabras, las parábolas y el lenguaje oscuro, los dichos de los sabios y sus enigmas, cosas que pertenecen propiamente a los dialécticos y filósofos [...] Hilario, confesor y obispo de mi tiempo, ha imitado los doce libros de Quintiliano, en el estilo y en el número, y en un breve opúsculo escrito contra el médico Dióscoro ha mostrado su talento literario [...] porque todos los libros de casi todos los autores citados, a excepción de quienes como Epicuro no han estudiado las letras, están repletos de erudición y ciencia."

### 3.2. Reflexiones de los traductólogos contemporáneos en torno a la traducción.

3.2.1. Schleiermacher, F. (2000:51 y 79): *Sobre el estilo*: “[...] el traductor tiene que ponerse como meta proporcionar a su lector una imagen y un placer semejantes a los que la lectura de la obra en la lengua original procura al hombre cultivado.” “[...] La primera norma del traductor tiene que ser aquí no permitirse, por la relación de su trabajo con una lengua extranjera, nada que en su propia lengua no se permita también a cualquier escrito original del mismo género. Más aún, el traductor está tan obligado como cualquiera a procurar al menos con igual cuidado la pureza y perfección de la lengua, a esforzarse por conseguir la misma agilidad y naturalidad del estilo que honran a su escritor en la lengua original.”

3.2.2. Fulda, L., “El arte de traducir”, en Vega (1994:28): La traducción “[...] tiene como empresa recrear lo ya creado. Pero tampoco es un arte meramente reproductivo, pues no tiene que representar la obra a recrear, sino transformarla [...] al hacer resurgir la obra original de arte no sólo en un nuevo ejemplar, sino también en un material totalmente distinto.”

3.2.3. Rosenzweig, F., “Del traducir”, en Vega (1994:283): “[...] El traductor se convierte en altavoz de una voz extraña que él hace perceptible por encima del abismo del espacio y del tiempo. Cuando la voz extraña tiene algo que decir, el lenguaje tiene que parecer distinto que antes. Este éxito es el criterio para juzgar acerca del rendimiento que el traductor debe prestar.”

3.2.4. Ortega y Gasset, J.: “El esplendor”, en Vega (1994:305-307): “[...] La traducción no es un doble del texto original; no es, no debe querer ser la obra misma con léxico distinto. Yo diría: la traducción ni siquiera pertenece al mismo género literario que lo traducido. Convendría recalcar esto y afirmar que la traducción es un género literario aparte, distinto de los demás, con sus normas y finalidades propias. Por la sencilla razón de que la traducción no es una obra, sino un camino hacia la obra. [...] En general, todo escritor debería no menospreciar la ocupación de traducir y complementar su obra personal con alguna versión de lo antiguo, medio o contemporáneo. Es preciso renovar el prestigio de esta labor y encarecerla como trabajo intelectual de primer orden.”

3.2.5. Larbaud, V., “Bajo la advocación de san Jerónimo”, en Vega (1994:309): “[...] Al traducir él va de nuevo a la escuela de otro espíritu, ejercitándose bajo la dirección inmediata de su maestro. Sin duda, bien pocos autores se someten voluntariamente y a sabiendas a esta disciplina. Pero los hay y J. J. Rousseau es un ejemplo: él confiesa, en el prefacio a su traducción del primer libro de Tácito, que no ha emprendido ese trabajo nada más que para ejercitarse y prepararse a escribir.”

3.2.6. Broch, H., “Algunas consideraciones sobre la filosofía y la técnica del traducir”, en Vega (1994:310-323): “[...] A pesar del imperativo reconocimiento del elemento irracional e intuitivo, es una exigencia absolutamente racional que el traductor entienda suficientemente bien el idioma del que traduce para comprender el sentido de sus frases. Y esto es precisamente lo que tiene que traducir, pues no traduce palabras u oraciones, sino los contenidos de sentido. Si comprende el sentido de la frase que debe traducir,

tendrá que trasladarla a la lengua de recepción en la que se tiene que sentir como en su casa.”

3.2.7. Reiss, K. y J. Vermeer (1996:70): “[...] el papel que corresponde al traductor en el proceso de transferencia: él es quien decide, en último término, qué, cuándo y cómo se traduce o se interpreta, y ello en virtud de su conocimiento de las culturas y las lenguas de partida y final.” (1996:80-84): “[...] El principio dominante de toda traslación es su finalidad [...] Por tanto, no existe la única forma de realizar una traducción de un texto; los textos meta varían dependiendo del *escopo* que se pretende alcanzar.”

3.2.8. García Yebra, V. (1994:381-395): “[...] Traducir es enunciar en otra lengua lo enunciado en una lengua fuente conservando las equivalencias semánticas y estilísticas [...] tiene equivalencia o es equivalente la traducción que posee igual valor y estimación, potencia o eficacia, que el texto original, y es traducción adecuada la que resulta conveniente o apropiada para poner en una lengua receptora y texto determinado de la lengua original [...] La traducción más apropiada y conveniente, es decir, la más adecuada, será en cada caso la que mejor reproduzca el contenido del texto original y la que más se aproxime a su estilo [...] Lo que hace imposible la equivalencia es el estilo; no el estilo del autor, sino el estilo peculiar de la lengua original. Pues es evidente que cada lengua tiene su propio estilo; un estilo cuyos elementos son de carácter fonético y prosódico, de carácter morfológico y de carácter sintáctico.”

3.2.9. Hatim y Mason (1995: 23-24): “[...] Para traducir hay que elegir, pero toda elección está motivada; todo puede justificarse: omisiones, adiciones y alteraciones, pero sólo en relación con la intención significativa [...] Las motivaciones del traductor están inseparablemente ligadas al contexto sociocultural en el que se produce el acto de traducir. Es de importancia, en consecuencia, considerar siempre la actividad translaticia en un contexto social.”

3.2.10. Venuti, L. (12/2007 durante el *II Coloquio lucentino*). Además de teórico de la traducción, es traductor, de manera que teoriza sobre la práctica: “Parece que el pasado es imperfecto a la vista de las excelencias que dicen que tiene la nueva didáctica de la traducción. La lectura de un texto debe ser más formalista, y tener en cuenta aspectos lingüísticos, terminológicos, sintaxis, etc.; no sólo hay que atender al sentido, sino que hay que hablar de los aspectos estilísticos y formales. Los traductores tienen que ser intelectuales y escritores.”

3.2.11. A.V. Fedorov, “Teoría contemporánea de la traducción, proceso traductor y concepto de traducibilidad”, en Vega (1994: 344-349): “[...] Las búsquedas teóricas, dentro de la teoría de la traducción, toman diferentes caminos, aportando muchas innovaciones conceptuales y metodológicas, de tal manera que han aparecido diferentes definiciones nuevas de la traducción como proceso, como acto creador, como un discurso basado en un texto extranjero, etc.; vemos modelos de traducir, con descripciones aspectuales; varias interpretaciones nuevas de viejos fenómenos, por ejemplo, de la percepción lectora.”

#### 4.- Conclusiones

Tras analizar semejanzas y diferencias, y ver lo que unos y otros dicen sobre la traducción, hemos intentando responder a la pregunta: ¿Se han producido avances en las reflexiones en torno a la traducción en estos casi 1600 años transcurridos entre la muerte de San Jerónimo y la abundante producción de teorías traductológicas en el



bibliográficamente prolífico siglo XX? En definitiva, se trata de comprobar de dónde venimos y a dónde vamos en el mundo de la traducción, y si en ese recorrido la diferencia ha sido abismal, o no es tan imperfecto el pretérito y tan perfecto el futuro, si, en resumidas cuentas, se podría hablar también de un pretérito perfecto y de un futuro imperfecto.

Lo que es innegable es la creación constante de nuevos términos entre los teóricos contemporáneos para designar los conceptos de antaño, los que atañen desde hace siglos a la actividad traductora. Así, según nuestra modesta opinión, en ocasiones los supuestos avances se refieren a una nueva forma de denominar viejos conceptos, bien se trate de la unidad de traducción, bien de la equivalencia, de la traducción literal o libre, etc., pero no se perciben grandes novedades en cuanto al hecho de la traducción como proceso y como producto. Podríamos decir que *actividad de antaño, teorías de hogaño*; teorías en cuanto a la formulación de un pensamiento concreto sobre un aspecto determinado de la actividad.

Observamos también que en determinados casos, si analizamos la biografía de los teóricos contemporáneos de la traducción, no han practicado de forma sistemática o profesional la actividad traductora salvo honrosísimas excepciones. Así pues, uno se pregunta ¿cómo se puede prescribir una determinada forma de hacer cuando uno mismo no se ha encontrado con al amplísimo abanico de dificultades reales en todas sus vertientes: culturales, lingüísticas, semánticas, etc., del hecho traductor?

4.1. ¿Es la traductología una ciencia tan nueva como afirman los traductólogos actuales? Es común leer y oír afirmar en distintos foros que los principios básicos en los que se apoya la teoría de la traducción en la actualidad beben de tres ramas esenciales: los estudios literarios, la sociología y la lingüística. Y uno no puede dejar de pensar que es lamentable que no se apoyen también en la historia de la teoría de la traducción desde, por lo menos, Cicerón. Pocos son, entre ellos M. A. Vega y J. C. Santoyo, los que conceden la importancia que se merece conocer el camino recorrido hasta llegar a dónde hemos llegado, así como abogar por una mayor formación en literatura clásica y, en general, en las ciencias humanísticas entre los futuros profesionales de la traducción. A la vista de los resultados desde el punto de vista del desconocimiento cultural que a veces presentan nuestros estudiantes, ¿no convendría que nos centrásemos más en conocer y analizar la historia de la traducción y ver las teorías como una consecuencia de la Historia y no como una genialidad de tal o cual investigador sobre el proceso o el producto de la traducción?

4.2. ¿No deberían ir siempre aparejadas la práctica y la teoría? Por un lado, separar en la teoría de la práctica no parece demasiado lógico, ya que, aunque el traductor no llegase a meditar sobre la razón de una u otra decisión ante determinadas dificultades, siempre habrá un fundamento teórico que justifique la decisión. Así pues, al menos en la didáctica de la traducción teoría y práctica deberían ir siempre imbricadas, con el fin de que los futuros profesionales se concienciasen de que una elección no debería ser “porque sí” o “porque así suena mejor”, sino como resultado de una reflexión previa sobre el hecho traductor. Después de muchos años de teorización, las tendencias actuales son las de quienes no les interesa la traducción concreta de elementos textuales, sino la introducción de estrategias globales y la influencia que éstas puedan tener en las decisiones que adopte el traductor, es decir, de lo que se trata otra vez es no tanto de “saber sobre” como de “saber hacer”.

Uno de los máximos exponentes de la filosofía hermenéutica, Ricoeur, en su obra *Sobre la traducción*, en el primer de sus discursos, “Desafío y felicidad de la traducción”

(2005:9), citando a A. Bermann dice que “Teoría y práctica se desafían mutuamente y se complementan: de allí que la reflexión sobre la traducción sea inseparable de la experiencia de traducir.”

4.3. Por último, ¿podemos considerar a san Jerónimo, patrón de los traductores, no sólo traductor sino también traductólogo? Es innegable que Jerónimo de Estridón no sólo ejercía la actividad del “saber hacer” sino también la del “saber sobre”, ya que, como intelectual y erudito, es constante en su obra la metódica y sistemática reflexión ante el desafío de superar los problemas que presentaban los textos originales. Sin embargo, no prescribe, sino que describe lo que él considera más adecuado desde el punto de vista profesional. En este sentido no teoriza con carácter normativo, sino simplemente didáctico, dando libertad a los traductores en su voluntad de “saber hacer” y “saber sobre”. En sus prólogos y prefacios, pero sobre todo en sus *Comentarios a los profetas*, a menudo hace referencia a que las diferencias culturales y contextuales pueden conducir a la no comprensión del texto, es decir a que pierda su función comunicativa, por ello considera necesaria la exégesis, la explicación que complementa la traducción.

Si nos atenemos a la definición de traductología, sin lugar a dudas podemos calificar a san Jerónimo no sólo de traductor, sino también de traductólogo, de manera que el subtítulo planteado en el *Coloquio lucentino* para incentivar la investigación en torno a la traducción y suscitar la discusión intelectual entre los participantes podría ser perfectamente ampliable: “Del pretérito imperfecto al futuro perfecto o viceversa. ¿Sabemos de dónde venimos y hacia dónde vamos?”

## 5.- Referencias bibliográficas

- GARCÍA YEBRA, V. (1994), *Traducción: historia y teoría*, Madrid, Gredos.
- HATIM, B. y MASON, I. (1995), *Teoría de la traducción. Una aproximación al discurso* (trad. Salvador Peña), Barcelona, Ariel.
- HURTADO ALBIR, A. (2001): *Traducción y Traductología*, Madrid, Cátedra.
- NIDA, E.A. y Ch.R. TABER (1986), *La traducción: teoría y práctica* (trad. A. De la Fuente Adánez), Madrid, Ediciones Cristiandad.
- REISS, K. y H. J. VERMEER (1996), *Fundamentos para una teoría funcional de la traducción* (trad. S. García Reina y C. Martín de León), Madrid, Ed. Akal
- RICOEUR, P. (2005), *Sobre la traducción*, Buenos Aires, Ed. Paidós.
- S. JERÓNIMO: *Obras completas. Edición bilingüe*, Madrid, BAC (hasta la fecha han aparecido sólo 10 tomos).
- (1993, cartas 1 a 85), *Epistolario* (trad. J. B. Valero).
  - (1995, cartas 86 a 154), *Epistolario* (trad. J. B. Valero).
  - (1999), *Obras Homiléticas* (trad. M. Marcos Celestino)
  - (2000), *Comentarios a los profetas menores* (trad. A. Domínguez García).
  - (2002), *Comentario a Mateo y otros escritos* (trad. V. Bejarano)
  - (2003), *Comentarios a los profetas menores* (trad. A. Domínguez García).
  - (2004), *Cuestiones relativas al Antiguo Testamento* (trad. R. M. Herrera García).
  - (2005), *Comentario a Ezequiel (Libros I-VIII)* (trad. H.-B. Riesco Álvarez)
  - (2007), *Comentario a Isaías (Libros I-XII)* (trad. J. Anoz)
  - (2007), *Comentario a Isaías (Libros XIII-XVIII)* (introd., trad. y notas J. Anoz)
- SCHLEIERMACHER, F. (2000): *Sobre los diferentes métodos de traducir* (trad. V. García Yebra), Madrid, Gredos.
- VEGA CERNUDA, M. Á (1994): *Textos clásicos de teoría de la traducción*, Madrid, Cátedra.
- (1999): “La labor traductográfica y la filosofía traductológica de San Jerónimo en su marco biográfico”, en *Hermeneus* (1), 1999, pp. 167-185.